

## SALUDAR, SATURAR, SUTURAR:ARRIBO Y PARTIDA DEL FENÓMENO.

### UN DIÁLOGO EN AUSENCIA CON JEAN-LUC MARION

#### The arrival and departure of phenomena: A dialogue at the distance with Jean-Luc Marion

Martín Grassi<sup>1</sup>

#### Resumen:

¿Cómo pensar la venida del fenómeno, su donación, sino desde un viviente parlante que lo saluda desde la lejanía, que lo invoca porque ya se siente llamado? ¿Cómo pensar dicha visita extraña sino como la imposibilidad de darle acogida en lo de sí? ¿Cómo pensar la partida necesaria de este huésped sino como una cierta nueva apertura de una herida que ya parecía cerrada y que hay que volver a suturar? El fenómeno arriba en su ser saludado, en la respuesta a su invocación, pero a sabiendas que su invocación solo me llama porque ya lo he saludado. En esta tensión imposible entre el que arriba y el que recibe, donde la primacía y el “primero” se indistinguen, donde la soberanía es diferida en pos de un “encuentro”, el paso por lo propio del extraño deja una herida que es preciso suturar. La idea de una herida suturada puede ilustrarse con la imagen/símbolo del “ombbligo”, que señala al mismo tiempo el centro del sujeto y su necesario provenir de un otro. La idea de una herida vuelve a poner el acento en la problematización entre la intermediación de la fenomenalidad y su remisión a una huella, a un signo que posibilita su reconocimiento. La fenomenología y la hermenéutica se entrecruzan en esta tensión entre la aparición y la interpretación. En un esquema mesiánico-teológico, la llegada del fenómeno remite a un pasado inmemorial –desde el cual el fenómeno ya siempre ha venido- y un futuro escatológico, donde el fenómeno se revelará definitivamente. En esta gramática mesiánica del “ya/aún no”, que encuentra en la Resurrección de Jesús su expresión definitiva, se ilustra el modo en que el fenómeno aparece y es diferido, en la paradoja de *unmediato indefinidamente diferido*.

#### Summary:

Phenomena arrive as they are welcomed; and we welcome them as we are already being called by them. In the tension between the arriving

<sup>1</sup> Doctor en Filosofía (UBA). Investigador Asistente en *Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires – CONICET*. Research Fellow en el *Institut für Hermeneutik (Universität Bonn - Alexander von Humboldt Stiftung, 2018-2020)*. Profesor Asistente en el Departamento de Filosofía de la *Pontificia Universidad Católica Argentina*. Autor de los libros de Ensayo filosófico: *Ignorare Aude! La existencia ensayada* (2012); *(Im)posibilidad y (sin)razón: La filosofía, o habitar la paradoja* (2014); *La comunidad demorada: Ontología, Política y Teología de la vida en común* (2017).

phenomena and the welcoming subject of experience, the question of who has the privilege of being the first is left aside, and sovereignty over the other is suspended. Within the encounter, a wound is left in the passing of the phenomenon: the “wound” is already a metaphor to refer both to the immediacy of the phenomena acting upon our body, and the need to identify its action within the signs of the scar. The *umbilicus* (a very special kind of scar) is, in this sense, illustrative: the center of the subject is already a reference to its foreign source. The wounded subject must, thus, trace the departed phenomenon and interpret its meaning: Phenomenology and hermeneutics are interwoven in this tension between appearance and interpretation. My claim is that, in a messianic-theological scheme, the arrival of the phenomena refers already both to an immemorial past and to an eschatological future, when the phenomena will reveal itself definitely. Within this messianic grammar of the already/not yet (of which the Resurrection of Christ is its definite expression), we picture the arrival of the phenomena, as appearing and deferring at the same time, in the unsurpassable paradox of an indefinitely deferred immediacy.

¿Cómo pensar la venida del fenómeno, su donación, sino desde un viviente parlante que lo *saluda* desde la lejanía, que lo invoca porque ya se siente llamado? ¿Cómo pensar dicha visita extraña sino como la imposibilidad de darle acogida en lo de sí, en una *saturación* que desquicia? ¿Cómo pensar la partida necesaria de este huésped sino como un volver a abrir una herida que ya parecía cerrada y que hay que volver a *suturar*? *Saludar, saturar, suturar*: tres verbos, un instante. El que arriba nos sorprende, arriba desde arriba, nos toma desde lo alto y nos hiere en profundidad. El arribante nos hiere: estamos en el orden de la afección, del *pathos*. Pero, en su arribo, el huésped también recibe una marca. A la puerta, la marca se imprime en doble faz, y el huésped y el anfitrión quedan heridos en su entre-cruzarse. Estamos en el orden imposible del límite, allí donde el *entre* es más fundamental que los territorios soberanos del cada quien, allí donde no puede haber *nadie*, sino *nosotros*. Estamos heridos de comunión, nos herimos *entre* nosotros. Las paradojas no tardan en llegar cuando queremos pensar el *entre*. La lógica de lo Uno y de lo Otro se disputan su soberanía, y la dialéctica no es más que un *entre-dicho*. Una vez más, de nuevo, nos vemos entre-tejidos por las improbables concepciones de la relación, del encuentro como tal, del valor enigmático de la preposición “con”: siglos de textos que toman y retoman la

misma cuestión, a la espera de una imposible solución. Pero, aún desesperados de nuestra propia lógica, debemos pensar el *entre* entre-dicho, debemos pensar aquello que parece ser lo único real, lo único que realmente sucede, la materia misma de la experiencia: el *mediomismo* en que se encuentran los dos polos de lo propio y de lo ajeno, de la mismidad y de la alteridad, de la constitución y de la donación. Se trata, claro, de la experiencia, que en fenomenología ha tomado el nombre de *co-rrelación*. Se trata, claro, de la historia de una Escuela en perpetua *co-rrección*, de una tesis que quiere *co-rregirse*, que quiere pensar la arena en que los protagonistas se abrazan, una filosofía que sabe que su tarea no está en pensar el soberano regir, sino concebir (*con-cipere*) la experiencia en el *entre-cruzamiento* de los polos. Y, a sabiendas de futuras correcciones, no nos queda más que detenernos en el limen donde el Mismo y lo Otro se maridan, *entre-tenernos* en este espacio sin territorio que es la puerta. *Entre-tengámonos*, pues, como se *entre-tienen* los amigos en el umbral de sus territorios, allí donde apenas nos vislumbramos, allí donde el hogar todavía no es tal, donde, por ello, nadie puede sentirse en su casa, ni tampoco sufrir el exilio.

Primer verbo: saludar. Saludamos al fenómeno. Lo saludo en la lejanía, en el amparo de la distancia, un amparo inhóspito que no conoce ni suelo ni techo, un amparo que nos cuida ante todo de las trampas del *hostis/hospis*: en la distancia del saludo, no hay aún competencia de soberanías. En la distancia, pues, *levanto la mano, alzo la voz*; el riesgo del saludo se juega ya en su ser res-puesta, en el *poner las bases* de un encuentro. Las señas de una dominación anteceden ya el arribo posible: el saludo se manifiesta en esta erección fálica de la mano, de la voz, del mentón. Saludar significa marcar el territorio de un arribo, es guardar el campo del inminente embiste. Saludar es ya sustanciar, establecerse, hacerse *ousía*, sostenerse a sí mismo en posición: *histemi* es el verbo del cual deriva *stasis*, estabilidad, de la cual deriva la latina “*substantia*”, de la cual deriva también *hipo-stasis*, la latina “*persona*”. Saludamos en la ambivalencia de la salud, en un deseo ambiguo de aceptación/asimilación propia del carácter inmunológico del sí mismo. Pero la distancia quiere ampararnos aún de los riesgos de la *sim-patía*, del *con-tacto*.

La distancia nos guarda aún; la dialéctica de la dominación ya ha comenzado, pero aún no se realiza, porque solo se domina en el dominio, solo se es señor en lo propio, y en la distancia no hay nadie. La distancia *salva al fenómeno* del sí mismo al in-discernir el territorio, al suspender la reivindicación de un derecho.

Pero el anfitrión empieza a de-marcarse, se quiere persona, se quiere sujeto. Al saludar trazoun mapa. Preveo el movimiento de arribo desde la posta. Saludo a la distancia porque en la distancia hay aún salud. Pero el adviniente me pone en jaque, me des-estabiliza, me des-quicia -y, ojo, amigos platónicos, no todo lo que *está más allá de la ousía* es de por sí bueno. Lo que se sostiene fuera de mí detenta ahora la espacialidad-temporalidad de la distancia, y en su arribar avanza sobre lo impropio hasta colonizarlo. Lo que me es familiar, lo que se extiende desde mi centro-casa (lo ecuménico, el *oikoumene*), comienza a desatarse. Allí es lo de-lirante, lo que ya no es recto porque no es regido. Lo saludo, lo espero, me guardo, lo enfrento. La ambivalencia de la *stasis* ya se revela en el saludo: el que viene territorializa, alcanza y alza su mástil en el corazón de mi *ousía*, de mi sustancia. El adviniente promete una revolución, adviene con la sombra de una facción, arriba con el malestar de una guerra intestina. ¿Quién detentará ahora el *omphalos*, el centro de lo propio, el *axis mundi*, el eje de “mi” mundo? El saludado pone ya mi salud en estado crítico. Saludarlo es ya sacudir mi estado, es invitar a la excepción como norma doméstica. Ante la inminente llegada, ya no puedo dar-me a mí mismo: desde que lo saludo, es el que arriba quien me da a mí mismo como adonado, el adviniente me vuelve extranjero en mi tierra. Ya en el saludo, el huésped me hace *venir de otro lado*.

El arribante llega a mi puerta. Allí el saludo no conoce pre-venición. Sí, la puerta es el umbral de la resistencia, pero es también el no-territorio del paso. La distancia no nos guarda ya. En la intermediación del arribo hay saturación, des-quicio, ex-sistencia. Ya no hay nadie en el arribo: el ex-traño alcanza la en-traña de lo propio. Si el nombre de la subjetividad es “adonado”, *personne est personne*, nadie es persona, la persona es nadie. ¿Quién reivindica qué, allí donde el espacio se des-territorializa? En la intermediación no se puede regir,

porque solo se rige mediando, solo se gobierna en la pre-cripción, en la escritura de la ley. Pero en la suspensión de la soberanía, en el estado de excepción, no hay sujeto ni hay derecho. En la puerta no hay escritura previa, sino un con-marcarse; no hay asociación política, sino un con-gregarse. Estamos en el orden *siniestro* de lo saturado, allí donde la luz nos ciega, donde el sonido nos ensordece, donde el frío nos anestesia. *Nadie siente nada*: el fenómeno y la conciencia se in-distinguen en una orgía in-munda (*unheimlich*: el alemán sabe componer muy bien!). No hay nadie en lo de sí, sino con-fusión e in-quietud. Se suspende el ajedrez del hogar, el *chess* del *chez moi*. El fenómeno que arriba intempestivamente a lo propio, que me hace jaque al *mate*, que detenta mi cabeza, que me de-testa, suspende mi *eco-nomía*, me des-abastece y no tengo ya modo de contar conmigo mismo... al menos hasta que el entrañable extraño decida partir.

Hasta que decida partir. Aunque ya el arribante me de-cidió, me es-cindió, me partió en dos, tres, cuatro. La cuadratura, el cuadrante de mi mundo está partido: sin ejes no hay vértice. Porque la *saturación* es la excepción, es imposible seguir viviendo hasta que el orden de la soberanía se re-establezca, hasta que la *stasis* venza la *stasis*, hasta que el visitante sea apropiado, dominado, domesticado. El que arriba derriba, pero debe partir de nuevo si queremos vivir. "Sentite *como* en tu casa". Como en el acto de hospitalidad, uno no puede sino ser a un tiempo hospitalario y hostil: le ordeno al invitado, con ese imperativo cordial, a que se comporte como si estuviera en lo propio, ordenándole, al mismo tiempo, que recuerde su extranjería. Es la magia del "como si": en la ilusión del anonadamiento, reafirmo mi soberanía. No hay *alternativa*, la invitación nace de mí: sin el condicional-modal del "como si", el convidado no puede sino detentar despóticamente lo que *era* mi propiedad. El que arriba debe partir si quiero vivir. La lógica inmunológica es clara: el no-Yo que no asimilo me lleva a la des-organización, a la des-membración, a la defunción. El orden de la soberanía debe restablecerse y la excepción normalizarse. El otro se recibe a mi imagen y semejanza, se asimila. En el momento en que entra a mi casa, en el instante donde cruza la puerta, el destino del encuentro se decide: el invitado está ya partiendo.

Pero el extraño que parte se hizo entrañable. Extraño al extraño que parte. Su paso por lo propio me ha liberado. Desposeyéndome me ha hecho rico; derrocándome me ha de-sujetado. Ya no me sé mí. En lo más íntimo de mí (*interior intimo meo*), ya no soy yo. Tampoco soy otro. Soy persona, soy nadie, *je suis personne*. Soy un “don nadie”, un don de nadie, un don de don: la pena de ser siempre el mismo me es con-donada. El otro que vino me perdona a mí mismo de mí mismo. Yo ya no soy: soy tan solo un punto de fuga, un centro silente que compone en el vacío, que está ahora más allá de la *ousía*, porque toda realización de sí es circunstancial, in-definida, diferida para siempre. El paso del extraño me singulariza, no porque me sustantive, no porque me nombre, no porque me esencialice: el paso del extraño, en la saturación de lo propio, me singulariza porque me anonada. Y la herida abierta, una herida que es ya siempre apertura, una nueva puerta en mi carne, un nuevo paso en mi epidermis, no se cierra del todo... se sutura. Como la primera de todas las heridas del cuerpo, el ombligo, permanece para siempre; marca la dependencia primera y última respecto de un otro en todo nacido, siempre nacido de otro. Ese ombligo que es uno de los símbolos de la soberanía, del poder, de la re-flexión, de lo propio del territorio de sí, es, también, el símbolo de la desposesión, del anonadamiento, de la ex-sistencia, de la distancia y del otro. Como siempre en nuestra vida, el ombligo no se escapa de las ambivalencias y las paradojas. Mirarse el ombligo no es ya mirarse a uno mismo. La sutura es, a la vez, el signo del restablecimiento de sí, y la remisión perpetua a lo impropio. La sutura es, a la vez, el recordatorio de lo por-venir, la “memoria del futuro”, el signo mismo de la espera. Porque toda herida es también querida, y para bien o para mal, solo significamos en la reiteración, en el volver sobre las huellas, sobre la presente ausencia de un paso pasado que es, también, la ausente presencia del porvenir diferido.

Saludar, saturar, suturar, y de nuevo saludar. Pensar la fenomenalidad, el arribo del fenómeno, su aparición, parece estar *signada* por el sintagma escatológico-mesiánico del “ya, pero aún no”. Entre el sintagma mesiánico de una espera inquietante (de lo que ya está viniendo, pero aún no arriba) y la lógica del fenómeno que *se revela*, hay una correlación espectacular -o, mejor,

*especular*. Por un lado, lo que saludo a la distancia es ya una respuesta a una apelación que viene de allende; pero el saludo solo acoge en su saturación, en la suspensión del *ego* en el *lugar del Sí*, allí donde no se está; *en la confusión saturada*, donde el emplazamiento de la trascendencia en el lugar de sí desplaza al ego a su afuera, *no hay fenomenalidad*, sino locura y des-quicio. En la hospitalidad ofrecida, la soberanía es diferida, pero de ningún modo superada: la llegada del huésped no implica la conquista del territorio ni la muerte del anfitrión. Es solo en la restauración del orden, en la superación del estado de excepción motivado por el encuentro, que el *lugar del Sí* se restituye como tal. Y es en este lugar donde el sentido se constituye, donde el fenómeno aparece *como tal o cual*. *Es en la partida del fenómeno, en la posterioridad del trauma, que puede haber algo así como una comprensión, un significado*. Pero, ¿“cuando” es el momento de una posterioridad del trauma? ¿En qué momento arribó el extraño, el otro? La alteridad del fenómeno ya me es *familiar* desde siempre: no hay un punto cero, un absoluto venir del fenómeno a la conciencia, porque el fenómeno ya siempre vino, siempre viene, está siempre adviniendo. En su venida inesperada, pero que despierta una cierta *anamnesis* de lo primordial, saludo al arribante; y en su partida nos deja ya la prenda de *visita definitiva* –aquella que anhelamos horrorizados, aquella que suspenderá de una vez por todas cualquier soberanía, aquella que desplazará para siempre cualquier subjetividad, aquella en que el fenómeno será *todo en todos*. Si estamos heridos de alteridad desde el inicio, si estamos quebrados por la alteridad *en arché*, en nuestro principiar como sujetos, entonces lo que buscamos ya nos ha encontrado ya. Estamos, por siempre y para siempre, *ena(r)jenados*. El fenómeno que viene no arriba en un segundo, en un secundar, sino que ya ha arribado desde siempre, en un primero, en un iniciar. Pero, al estar heridos *en arché*, el arribo solo será definitivo en su de-finición, en su negación de lo finito y en la ampliación infinita de la finitud, en ese *mysterium tremens et fascinans* del momento último en el que lo extraño y lo familiar se indistinguirán por siempre. En el momento escatológico, apocalíptico, de una Revelación absoluta, el arribo es de-finitivo y el sujeto es transfigurado: el solo pensamiento de un tal arribo es terrorífico, no podemos soportar una

novedad tal (lo maravilloso es cuestión de dosis, como muestra el inglés en su diferencia entre *awesome* y *awful*).

Esperamos la venida definitiva, el arribo derribante, la paz de la destitución última: la *parousía*. Y en la espera, la inmediatez del que arriba es infinitamente diferida, remitida a un pasado inmemorial y a un futuro último. La inmediatez no conoce tiempo ni espacio. Lo inmediato no se experimenta. Lo inmediato solo se anhela, se espera. Lo inmediato fascina y aterroriza. La inmediata pura presencia, la Revelación sin medias tintas, la *parousía* parece prometer una *blanca ceguera* (siguiendo una hermosa expresión de José Saramago). En la *paradoja* de la *parousía*, la Revelación quiere realizar la *hospitalidad incondicional*, donde el Uno y el Otro se indistinguen en su absoluta irreductibilidad. Inmersos en el *paradigma* de la *parousía*, la *inmediatez se quiere experiencia*. Dentro de este paradigma parousiaco, apostamos por lo inmediato como la verdad del fenómeno, apostamos a que el fenómeno se revela desde sí mismo, por sí mismo, y que podremos recibirlo son tapujos... si no es hoy, quizá mañana. Porque hoy el fenómeno *se da, se revela, arriba* por los surcos de nuestras heridas. El saludo que le prodigamos es la reserva que le propinamos. Los surcos de nuestras heridas no son producto de nuestros pasos: solo los arribantes marcan el sendero a lo propio. Pero el surco ya estaba allí, desde siempre, y el huésped se acerca desandando el camino. Hoy, me anticipo al arribo. Quizá mañana arribe definitivamente, *arremeta como un ladrón por la noche*, sin previo aviso, sin saludo de bienvenida. Mañana, quizá; ayer, seguro; hoy no. El Otro arribó *primero* y arribará *último*. Mientras tanto, aquí estamos, por allí arriba. Entre entre lo primero y lo último, el tiempo. El tiempo del entre, el entre-tiempo. *In the mean-time*, dirían los ingleses. En este “tiempo del malvado” (mean-time), el arribo último se demora, es demorado, se retiene, es retenido.<sup>2</sup> En este entre-tiempo hay sentido, significado: porque *meaning* bien puede ser el actuar malvadamente, el dia-bolizar, el des-pistar, el des-viar. Como en el español, aunque de un modo más oculto, en este entre-tiempo de la espera, hay

---

<sup>2</sup>En este juego imposible entre el *eschaton* y el *katéchon*, donde no es claro si el arribante se demora, o es otro quien lo retiene.

significado, hay significación, signación, señalización, remisión, metaforización, diferencia. La presencia queda *entre-tanto* diferida, y la añoranza de la Primera Revelación –que nos hirió para siempre- se transmuta en la espera del arriba definitivo.

Entre-tanto aconteció la Resurrección. Entre el comienzo absoluto y el definitivo desenlace, el Cristianismo conoce la figura paradójica del *cumplimiento diferido de una promesa*. La Resurrección es la expresión material de la gramática escatológica, del *ya/pero aún no*. Paradójicamente, la Resurrección es significativa porque significa en su insignificancia: torna insignificante la lógica de este mundo, de este *entre-tiempo*, y revela un sentido *allende*. Pero la Resurrección es especialmente significativa porque significa, remite, tanto al pasado inmemorial del origen, allí donde la muerte aún no había entrado al mundo por el pecado, como al futuro inesperado de la redención, de la resurrección universal, del cual es prenda. En la suturación de nuestra herida primordial, promete la borratura de toda cicatriz. La Resurrección es la promesa de la borratura, es decir, de la desaparición de todo surco; es la promesa de un encuentro sin mediaciones ni saludos. La Resurrección es más una figura de la partida que de la venida: el signo de la resurrección es el sepulcro vacío, y solo se significa en contadísimas ocasiones en apariciones espectrales (a María Magdalena, a los peregrinos en Emaús, a Tomás y los apóstoles en Pentecostés). La resurrección es más una figura de la partida que de la venida, o mejor de la partida en tanto promesa de venida, y de la partida como memoria de la venida. La resurrección promete que el Verbo se hará Carne definitivamente, que la pura presencia infinita de Dios será *com-pasiva*, que podremos padecer, ser afectados, gracias a una carnalidad infinita, en ese contacto sin distinción entre carnes, en ese *contacto* que es la caricia y que alcanza al otro en su distancia ahora, por fin, recorrida. El sentido al fin será insignificante: el Verbo se *hace* carne, el Espíritu se *hace* Letra, el sentido se *hace* signo. La Resurrección es el anuncio del triunfo de la Verdad en su inmediación, en su *parousía* indefectible, del fin del ocultamiento, del fin del *mean-time*, del *meaning*. Pero la Resurrección es significativa solo en su ser anuncio, en su ser prenda del por-venir. La Resurrección nos enseña que no

hay promesa sin partida. Aún cuando el entre-tiempo sea tiempo de espera, lo inmediato se mediatiza, se hace esperar.

A la luz de la Resurrección, toda fenomenología es ya hermenéutica, y la hermenéutica, fenomenología. El sentido es hijo del peregrinaje y del camino (recordemos la figura del dios griego *Hermes*, dios del comercio, pero también de los ladrones, heraldo confuso), y la hermenéutica es *destrucción* (desde Lutero hasta Heidegger), denuncia de los engaños, anuncio de caminos alternativos. El fenómeno se significa en su revelación. La Carne no es todavía Espíritu: el sentido no es todavía lo revelado. Hasta que el fenómeno no arribe definitivamente, significamos; entre-tanto, interpretamos. La fenomenología, como palabra de lo que se revela, será siempre hermenéutica porque no hace sino tramitar la venida del que ya partió, poner las bases para soportar el trauma del inexorable abandono, de la inminente ausencia, del necesario velorio (donde se vela lo que parte, donde el partir es ya el velar). En la espera del *apocalipsis*, de la Revelación definitiva, del volver a venir del Otro, de su inminente presencia, la hermenéutica se hace tarea. En el dolor de haber sido des-tetados, separados de nuestro Otro originante, ansiamos ser des-testados, derrocados definitivamente de nuestro insignificante hogar: no queremos nuestra soberana diferencia, sino el raptó definitivo de la Verdad. La fenomenología será siempre hermenéutica porque se sabe, todavía, anfitrión. La hermenéutica será siempre fenomenología porque espera que mañana, quizá, el huésped no se anuncie. Vivimos a la espera de una *Gloria* definitiva en el que el arribante no pida permiso y nos tome de sorpresa, por arriba, para arriba, para siempre.